

—Puede haber una compensacion que librará á este país de desnivelar su presupuesto y ayudará á sistematizar su plan rentístico.

Maximiliano dejaba venir al comisionado de Napoleon III.

—Cuando las naciones cuentan con un vasto territorio que no sirve sino para romper los resortes de su autoridad, pues no puede hacer llegar el alambre telegráfico de su poder á los confines de ese territorio, acaso le convenga acortarlo.

—Seguid, señor baron, dijo Maximiliano.

—Me esplicaré con mas precision. México tiene una extension que hace imposible el establecimiento del imperio. Las armas francesas han atravesado el desierto, han llegado á los puertos del Pacífico, han ocupado las principales ciudades de la Sonora, han clavado su bandera allende el golfo de Cortés, en la Baja California; y sin embargo, nada han conseguido hasta ahora, todo ha sido estéril, porque la pacificación sólo se ha hecho sentir del corazon de México á la linea fronteriza del Bravo. La revolucion ha marcado los límites del imperio. Yo olvido esas bandas que campean por el interior como los últimos árabes en las quiebras de las Alpujarras.

Pues bien, señor; si V. M. cede la Sonora y esa raquítica faja de la Baja California, la deuda queda en saldo y acaso la Francia detendrá sus tropas en el territorio.

La cortina volvió á agitarse con violencia.

—¿Es una proposicion vuestra? preguntó el emperador.

—Yo hablo en esta conferencia en nombre de la Francia.

—Señor baron, dijo el emperador, he jurado conservar ileso el territorio nacional, y estoy dispuesto á todas las eventualidades antes que perder un solo palmo de tierra.

—Comprendo, dijo el mariscal, que si se tratara de vender ciudades y campos cultivados, V. M. estaría empeñado en su programa de gobierno; pero cuando se propone la compra de una faja abandonada, de un desierto sin agua, entregado á los salvajes, la civilización ganaria con una colonia francesa.

—Ademas, añadió el enviado, esta concesion empeñaría á la Francia en una ardua empresa con los Estados Unidos y acaso el imperio quedaría establecido á perpetuidad. V. M. no conoce aun las notas arrogantes de Mr. Seward, esas amenazas toleradas hasta hoy por ignorarse si la Francia hallaría acogida en sus planes en la corte del emperador Maximiliano.

Levantóse con magestado el austriaco, y dijo con voz sonora y energica:

—Decidle, señor baron de Saillard, á S. M. Napoleon III, que si se ne-

cesita para el establecimiento del imperio sacrificar un solo trozo de tierra que pueda caber en el puño de mi mano, estoy dispuesto a caer antes que prestarme á semejante pretension.

Señor mariscal Bazaine, pude S. E. desde luego ordenar la concentracion del ejército francés, sin cuidarse de la llegada del contingente austriaco. Estoy al tanto de las notas de la Union americana; sé la manera con que los hombres de la Casa Blanca han tratado al gabinete de las Tullerías; por el mismo paquete en que habeis venido, señor baron, me han llegado las copias de esos despachos, vedlas sobre mi bufete; sé que está resuelta la desocupacion por mandato de Johnson; y no seré yo quien á ultima hora manche mi nombre con una accion indigna, como la venta del territorio mexicano. La Francia sale de México por fuerza; ha medido el abismo de una complicacion, y retira su bandera dejándome entregado á una situacion desesperante.

Decidle á S. M. Napoleon III, que no me queda mas que mi sangre que sacrificar en aras de esta funesta crisis, y estoy dispuesto á verter hasta la ultima gota. Desde hoy nada de comun tiene la Francia con Maximiliano I.

Hemos terminado, señor baron. Que el ejército expedicionario se defienda como lo estime conveniente en su peregrinacion al puerto de Veracruz.

—Señor, dijo el baron, no saldré sin decir á V. M. una ultima palabra.

—Hablad, señor baron.

—La Francia ocupará las aduanas para reembolsarse de su deuda.

—Yo protestare ante la nación por ese atentado, ya que no tengo fuerza para oponerme: ocupe por medio de las armas la Francia cuanto quiera: acabe de mancharse ante el mundo civilizado.

El mariscal, trémulo de ira, se levantó, y saludando al emperador salió con el baron de Saillard, que no esperaba ni remotamente oír de labios de Maximiliano palabras tan fuertes, ni expresiones tan altamente ofensivas á la magestad de Napoleon III.

—Ojalas, yo jurolo sin darme cuenta, que no se trate de los pormenores de la sociedad colonizadora; á Madrid, ese importante asunto, yo te telefono.

—¡Bien, Fernando! dijo la emperatriz besando la frente del desgraciado archiduque, que se dejó caer en el sillón abrumado por el torrente de sus pensamientos.

— Esto es horrible!  
— Aun tenemos elementos para combatir: diez mil hombres reclutados en Austria, servirán de apoyo á nuestro gobierno. Por la primera vez en su vida, José II te tiende una mano protectora.

Maximiliano no respondía.

— Siempre la duda, siempre la vacilación, murmuró la emperatriz.

— Me abandona ese miserable después de haber absorbido el dinero de los empréstitos!

— Fernando, estamos vengados! en la Francia se han cuotizado los bonos; los especuladores de aquel país que se lanzaron como buitres sobre el tesoro, son los que han fracasado; México no pierde un florín; si, ellos y nada mas ellos son las víctimas de los manejos de su emperador; porque nosotros suspenderemos los pagos una vez que sus tropas hayan abandonado el territorio.

Aquella inteligencia era el alma de la situación; una vez estinguida, todo quedaría en el caos y en las tinieblas.

— El César de la Europa! continuó exaltada, el hombre de Inkermann y Sebastopol, el salvador de la Italia! aborto miserable de la traición y de la infamia! Hoy se doblega cobarde ante el coloso americano; le insultan, le escupen al rostro, lo abofetean, ¡estamos vengados!

— Es verdad, es verdad, repitió el emperador, ¡pero nosotros?

— Nosotros, dijo Carlota, asistiremos al último momento del imperio; la Union ha dicho, que no traerá sus armas al territorio mientras luchen solos los mexicanos; podremos aún vencer ó prolongar cuando menos la situación hasta resolver una crisis en que jugamos nuestro destino..... Si, Fernando, la tormenta es espantosa; para afrontarla es necesario una condición de hierro, huir de toda vacilación y no doblegar la frente ante el peligro. La Francia ha roto definitivamente con el imperio; estamos solos, acaso nos favorezca esta ruptura; porque la Francia está odiada, execrada, maldecida, como en todas partes. El pueblo mexicano no nos repele, yo tengo esperanzas grandes para el porvenir.

— Carlota, yo luchó sin fe; he expatriado á los hombres mas odiados de la sociedad conservadora; á Márquez, ese hombre sanguinario, lo he relegado á la Tierra Santa; á Miramon, el héroe de los motines, lo he consignado á la escuela militar de Austria; á Almonte lo he enviado á Francia porque su espionaje me era insopportable.

— Todos esos hombres nos servirán en un momento dado, ellos son de-

masiado serviles para sacrificarse en aras de su ambición, fingiéndose imperialistas para realizar sus ensueños. No pueden defecionar; el partido republicano les ahorcaría si tuvieran la avilantez de presentarse en sus filas. Aun podemos arrollar en nuestra caída á medio territorio!

Maximiliano, previendo que su desgraciada consorte podía llegar en su entusiasmo á ese vértigo de locura que le preocupaba de continuo, se levantó y llamando al chambelán de guardia, le dijo que anunciasc la audiencia.

— Maximiliano, previendo que su desgraciada consorte podía llegar en su entusiasmo á ese vértigo de locura que le preocupaba de continuo, se levantó y llamando al chambelán de guardia, le dijo que anunciasc la audiencia.

El mariscal Bazaine y el baron de Saillard se dirigieron á la legacion francesa, y dieron cuenta al ministro Danó del resultado de su comision.

— Malo está este negocio, dijo el ministro, los Estados Unidos se ponen en guardia, no hay mas remedio que retirarnos.

— Y pronto, antes de caer prisioneros con nuestros sesenta mil soldados los yankees son otra cosa.

— Es cierto, dijo el baron, Mr. Seward habla en tono muy alto, no haría lo mismo del otro lado del Océano, allí la bandera francesa es omnipotente.

— Mal, mal, repitió Danó; nos queda muy poco tiempo para los negocios; las aduanas no darán lo suficiente para indemnizarnos.

— En estos momentos, dijo el baron, debe estarse ajustando con José II el enganche austriaco; tenemos de vida un año.

Bazaine meneó la cabeza como dudando de este aserto.

Bazaine tenía todos los hilos de la trama, y comprendía que el reclutamiento austriaco era sumamente difícil, vista la oposición americana.

— Los negocios de la Italia y Prusia, con respecto á la Austria, se complican, y temo que S. M. I. José II, haga los alistamientos por su cuenta y olvide á su augusto hermano en el derribamiento de la monarquía mexicana.

— Sí, dijo Saillard, la guerra europea es inevitable, os confiaré un temor fundado.

— ¿Cuál? se apresuró á preguntar el ministro.

— Napoleón, solo por un punto de amor propio, sostiene en México el ejército expedicionario; su carácter francés se rebela contra ese lenguaje

imperioso de los Estados Unidos, pero la necesidad le hace volver flores por espinas: creed, señores, que la Francia pasa por una crisis terrible de vergüenza; otra palabra de Jonhson, y todo el ejército saldrá inmediatamente del territorio.

— Estos hombres, dijo Bazaine, se han atrevido a decir que el dia en que se levanten de humor, enviarán dos gendarmes para hacer desocupar México.

— No es posible sostener una guerra, ese pueblo es muy respetable; acabo de visitar el suelo de Washington, y digo lo que el general Prim: ¡Ay de la nación que provoque la ira de los Estados Unidos! La riqueza, el valor, el patriotismo, las virtudes todas que se requieren para el adelanto y prosperidad de una nación, tantas cuenta esa raza nueva, cuyos elementos la llevan á un porvenir que absorberá el Continente y hará temblar á la Europa.

— Estais muy fascinado, señor baron.

— Señores, palabra de honor que es la verdad cuanto os digo; tended la vista á esos campos talados por la guerra intestina de esa república; á esas ruinas de las fábricas y fincas de campo que ayer humeaban en las últimas llamas del incendio; y, vedlas ahora alzarse magestuosas con mas elementos que antes de la guerra; los campos están cultivados, y todo anuncia la resurrección violenta de los Estados de la Confederacion.

— Sí, baron, estamos humillados; la política francesa ha dado un traspies horrible. Julio Favre y Thiers han dicho la verdad.

— Maximiliano comprende nuestra angustiada situación; sabe que la permanencia de las tropas es una cuestión financiera, abarcar cuanto sea posible para el reembolso de esas cantidades que arrojan un déficit en el tesoro de la nación francesa.

— El imperio ya no corre por nuestra cuenta, el emperador alcanza que los Estados Unidos nos lancen del suelo mexicano, y libre ya de la tutela nuestra, nos humilla también, permitiéndose insultar á S. M., que al fin lo ha hecho representar un papel que en Austria le estaba vedado.

— Y lo que es mas aún, salir de todos sus compromisos numismáticos, que eran aflictivos en extremo.

— En todo caso, Maximiliano regresará rico á Miramar, y en este país, que es el de las resurrecciones, no es remeto que un dia lo proclamen presidente de la República, el dictador Santa Anna puede dar fe de estos cambios operados en la política mexicana.

— Señor ministro, dijo el baron, mañana salgo para Veracruz; tomaré el primer paquete que salga para Francia; necesito poner al emperador al tanto de lo que pasa para sus altas resoluciones.

— Os dignareis poner mis despachos en el bufete imperial.

— Despachad esta misma noche la correspondencia; y vos, señor mariscal, disponed la salida del primer destacamento.

— Bazaine guardó silencio, porque en un despacho reservado se le prevenía que no procediese sino á la concentración de las fuerzas sin hacer embarque alguno de tropa.

Aquellos tres personajes se separaron disgustados profundamente de la situación, y con el pesar de asistir como actores á ese paso tan humillante por el que pasaba la nación mas orgullosa del Viejo Continente.

— Aquellos tres personajes se separaron disgustados profundamente de la situación, y con el pesar de asistir como actores á ese paso tan humillante por el que pasaba la nación mas orgullosa del Viejo Continente.

— Aquellos tres personajes se separaron disgustados profundamente de la situación, y con el pesar de asistir como actores á ese paso tan humillante por el que pasaba la nación mas orgullosa del Viejo Continente.

— Aquellos tres personajes se separaron disgustados profundamente de la situación, y con el pesar de asistir como actores á ese paso tan humillante por el que pasaba la nación mas orgullosa del Viejo Continente.

— Aquellos tres personajes se separaron disgustados profundamente de la situación, y con el pesar de asistir como actores á ese paso tan humillante por el que pasaba la nación mas orgullosa del Viejo Continente.

— Aquellos tres personajes se separaron disgustados profundamente de la situación, y con el pesar de asistir como actores á ese paso tan humillante por el que pasaba la nación mas orgullosa del Viejo Continente.

— Aquellos tres personajes se separaron disgustados profundamente de la situación, y con el pesar de asistir como actores á ese paso tan humillante por el que pasaba la nación mas orgullosa del Viejo Continente.

— Aquellos tres personajes se separaron disgustados profundamente de la situación, y con el pesar de asistir como actores á ese paso tan humillante por el que pasaba la nación mas orgullosa del Viejo Continente.

— Aquellos tres personajes se separaron disgustados profundamente de la situación, y con el pesar de asistir como actores á ese paso tan humillante por el que pasaba la nación mas orgullosa del Viejo Continente.

— Aquellos tres personajes se separaron disgustados profundamente de la situación, y con el pesar de asistir como actores á ese paso tan humillante por el que pasaba la nación mas orgullosa del Viejo Continente.

— Aquellos tres personajes se separaron disgustados profundamente de la situación, y con el pesar de asistir como actores á ese paso tan humillante por el que pasaba la nación mas orgullosa del Viejo Continente.

— Aquellos tres personajes se separaron disgustados profundamente de la situación, y con el pesar de asistir como actores á ese paso tan humillante por el que pasaba la nación mas orgullosa del Viejo Continente.

### VIII.

El baron de Saillard solicitó una última entrevista. Maximiliano se negó á recibirla.

La Francia se divorciaba desde aquel momento del imperio mexicano.

Desde la derrota de Waterloo hasta el 5 de mayo de 62, la bandera francesa se había paseado victoriosa por el mundo entero.

Desde el advenimiento de Luis XVIII, ninguna transacción tan vergonzosa se había hecho por la Francia, hasta el 5 de abril de 865,

La nota de las Tullerías era algo mas que una transaccion, era el rebajamiento degradante de una nación en su impotencia.

Era la derrota, la huida ante el peligro, la arriada de un pabellón hasta entonces lleno de gloria y de renombre, ante el desden insultante de un pueblo fuerte en sus armas y en su derecho.

El mundo entero iba á levantar un aplauso al pasar la vista por esos renglones, mientras la parodia de Claudio Neron apuraba gota á gota el acíbar de su locura, la hiel amarga en el cáliz ensangrentado de su ambición, metido en su Olimpo de Saint Cloud.

El trono sobre el monte de oro estaba próximo á desaparecer.

—Señor ministro: dijó el señor ministro: segla para V. señores; por otra parte se  
bueno pedirle que se siga bien; necesario hacer la emperatriz. Si

## IX.

El baron de Saillard llegó á París el 4 de Abril; tuvo una larga entrevista con el ministro de relaciones Drouyn de Lhuys, la noche víspera del memorable dia en que la Francia puso de manifiesto ante el mundo entero su vergonzosa derrota, dándole un triunfo á las dos naciones que la acompañaron en la expedicion filibusteria, elevada al rango de Convencion y firmada en el bufete de San James.

El ministro conferenció detenidamente con Napoleon III, y el dia 5 de Abril de 866 apareció en las columnas del *Monitor* la siguiente nota, que por importar altamente á la historia de nuestro país, nos creemos en el deber de insertar íntegra en las páginas de este libro:

## III

"Mr. Drouyn de Lhuys á Mr. de Montholon.

Paris, Abril 5 de 1866.

Señor:

He leido con toda la atencion que merece la respuesta del señor secretario de Estado, á mi despacho del 9 de Enero último. El cuidado escrupuloso con que Mr. Seward ha analizado este despacho, y las largas consideraciones que le han movido á hacer la exposicion de la conducta de Francia en los negocios de México para definir las doctrinas que forman la base de la politica internacional de los Estados Unidos, prueban que el gabinete de Washington desea que desaparezca todo juicio erróneo. Tambien vemos allí la prueba de sus esfuerzos para hacer prevalecer los sentimientos de amistad que han cimentado entre ambos países las tradiciones de una larga alianza, sobre las divergencias accidentales e inevitables de las relaciones internacionales. Con tales disposiciones hemos apreciado la comunicacion que el secretario de Estado os dirigió el 9 de Enero último.

No seguiré á Mr. Seward en el desarrollo que ha dado á la exposicion de los principios que dirigen la politica de la Union Americana. No creo oportuno ni necesario prolongar, sobre cuestiones de delicadeza ó de historia, una discusion, en la que puede diferir de opinion el gobierno de los Estados-

Unidos, sin que peligren los intereses de ambas naciones. Creo preferible atender á esos intereses sin discutir asuntos muy dudosos, y ocuparme, por lo contrario, en las seguridades que deben establecer la buena inteligencia. Nunca vacilamos en ofrecer á nuestros amigos las explicaciones que nos piden, y nos apresuramos á trascibir al gabinete de Washington todas las que pueden ilustrarle sobre el fin que nos proponemos en México y sobre la lealtad de nuestras intenciones.

En su despacho de 12 de Febrero ultimo, Mr. Seward recuerda que el gobierno de los Estados Unidos, se ha ajustado en todo el curso de su historia á la regla de conducta trazada por Washington, practicando invariablymente el principio de no-intervencion, y hace notar que nada justifica el temor de que se muestre infiel á tal principio en lo que respecta á México. Admitimos esta seguridad con plena confianza, y hallamos en ella una garantia suficiente para no retardar ya la adopcion de las medidas encaminadas á preparar el regreso de nuestro ejército. El emperador ha decidido que las tropas francesas evacuarán a México en tres destacamentos; el primero saldrá en Noviembre de 1866; el segundo en Marzo de 1867 y el tercero en el mes de Noviembre del mismo año. Tendréis á bien comunicar oficialmente al secretario de Estado esta decision.

Recibid, etc.—Drouyn de Lhuys.

X.

No conformes aún los hombres de la Union con este triunfo diplomático, al hacer pasar á la Francia por las Horcas Caudinas, contestaron la nota del 5 de Abril en un tono mas arrogante que el usado con los despachos anteriores.

El 23 de Abril, despues de dos dias de recibida la nota, como si la resolucion del gobierno francés no hubiera llenado la medida del deseo del gabinete de Washington, Mr. Seward se limita á acusar al marques de Montholon recibo de su nota, agregando. "El asunto será muy presto objeto de la detenida atencion del presidente de los Estados Unidos."

El porvenir desgarro mas tarde ese velo de reticencias con que se cubrian las palabras del secretario de Andrew Johnson,